

De las justas, que há dos siglos
Los caballeros usaban
Con gloria; que nunca gloria
En donde hay peligro falta,



ROMANCE TERCERO

EL SARAO

Mientras que la monarquía
Se desmorona, y el borde
Toca de una sima horrenda,
Duermen en pueriles goces,
Entre placeres se aturden,
Deleites sólo conocen,
Sin cuidarse del peligro,
El rey de España y sus nobles.

Así una casa se quema,
Así desdichas atroces
Sobre una infeliz familia
El ciego Destino pone;
Y en tanto el imbécil ríe,
Duerme el embriagado jóven,
Y el niño con sus juguetes
Es el más feliz del orbe.

Si alegre fué todo el día
Con públicas diversiones,
Con saraos y luminarias
No lo fué menos la noche.

El pueblo las anchas calles
En gozosas turbas corre,
Para ver iluminadas
Las casas de los señores.

En las plazas principales
Suenan músicas acordes,
Y farsas se representan
Del Rey celebrando el nombre.

Del palacio del Retiro
Llenos están los salones,
De todo el fausto y la gala
Que son honra de la corte.

En los soberbios jardines
Brillan vasos de colores,
Que en el estanque reflejan
Formando guirnaldas dobles.

Y en que las picas de guerra
Dobles petos abollaban;
No los juncos inocentes
Sedas, brocados y holandas.

Un gran fuego de artificio
Las densas tinieblas rompe,
Y rastros de luz envía
A las celestes regiones:

De los rayos que le lanzan
Los nublados tronadores,
Dijérase que la tierra
Se estaba vengando entónces.

Varias encendidas ruedas,
Girando luégo veloces
En atmósfera de chispas,
Parecen mágicos soles;
Mas pronto en huecos tronidos
De humo blanco alzando un monte,
Se disipa, y desaparece
Aquel gigantón enorme

De luz, que ofuscó los astros,
Y que deslumbró á la corte,
Como trasunto ó emblema
Del orgullo de los hombres.

En el salon de los reinos,
Donde el trono de dos orbes
De oro y terciopelo estriba
En colosales leones,

El Rey está con las damas,
La Reina con los señores,
Y chocolate y conservas,
Y helados pasan en órden,
En marcelinas de oro
Y en bandejas, cuyos bordes
Lucientes piedras adornan,
En caprichosas labores.

En seguida se bailaron,
Al compás de alegres sonos,
Las folías y chaconas,
Y aún zarabandas innobles.

De cada señora al lado
Sitio un caballero escoge,
Y en un cojín para hablarle
La rodilla izquierda pone.

Allí en animados grupos
Lo más rico y lo más noble
De Madrid y España asiste,
Y extranjeros de alto porte.

Estaban pues... ¿de qué sirve
Que el tiempo perdamos, nombres
Ya olvidados repitiendo,
Y que alcanzaron entónces

Boga por riqueza y sangre,
Mas que hoy ya nadie conoce?
De conocidos hablemos,
De amigos nuestros, de hombres
Que aún los vemos y tratamos,
Aunque há dos siglos que esconde
Sus cenizas el sepulcro,
Sima que todo lo sorbe.

En un lado de la sala
Estaba el famoso Lope,
El fénix de los ingenios,
Con el cabello y bigote

Blancos como pura nieve;
Y al través se reconoce
De sus clericales ropas
Que fué guerrero de jóven.

La insignia adorna su pecho
De la hospitalaria órden,
Y el fuego brilla en sus ojos
Que hace á los mortales dioses.

Con él habla un caballero,
Cabeza gorda, deformes
Los piés, de negro azabache
Melena y barba, mas noble

Aspecto: diciendo chistes
Está, y resuenan conformes
Carcajadas y aún aplausos,
En cuantos hablar le oyen.

Es don Francisco Quevedo,
A quien un clérigo torpe
Ya por la edad, ceceando
Y con malicias responde.

Ser el tal pronto se advierte
Don Luis Góngora y Argote,
Del nuevo estilo de moda
Inventor, columna y norte.

El padre Paravicino,
Que de sabio alto renombre
Goza, y á Madrid encanta
Por sus peinados sermones,

Tambien es del corro; y luégo
En él ufano ingirióse,

Aún tan niño, que en sus labios
Ni bozo se ve que asome,

Don Estéban de Villegas,
Español Anacreonte,
En versos cortos divino,
Insufrible en los mayores.

En una pausa del baile,
De Villamediana el Conde,
Que ha danzado con la Reina,
Alargó la mano á Lope,

Y como ingenio de marca
Entre los otros mostróse.
Acaba de publicarse
Su poema de *Factonte*,

En aquel tiempo un prodigio,
Que hoy tiene apenas lectores;
Obra de perverso gusto
Y de hinchados clausulones.

Góngora, que envanecido,
Un adepto de alto nombre
Ve en tan claro personaje,
Sus encomios prodigóle.

Y todos lo celebraban,
Aunque yo decir no ose
Si sus versos aplaudían
O su favor en la corte.

Don Francisco Manuel Melo,
En quien se juntan las dotes
De historiador y poeta
Con los bélicos blasones,

Allí está, aunque taciturno:
Sin duda abriga temores
De que el duque de Braganza
Su osado intento no logre.

El gran don Diego Velazquez,
De pinceles españoles
Gloria, también conversaba
Con tan famosos autores;

Pero lo que dicen ellos,
Parece que apenas oye,
Porque de Rubens los cuadros
Con gran encanto recorre;

Y en aquel retrato ecuestre
Del Emperador, en donde
Apuró Ticiano el arte,
Los ojos árabes pone.

Tambien el Rey un momento
Afable al corro acercóse,
Hablando de una comedia
Que salió al público entónces,

Y cuyo autor se nombraba
Un ingenio de esta corte.
A la cual, aunque por cierto
Era un disparate enorme,

Todos dieron mil elogios
Y de portento renombre,
Pues que es obra del Rey mismo
No hay en Madrid quien ignore.
Ya muy tarde entró en la sala,
Saludos y adulaciones
Recibiendo del concurso,
Con aire altanero y noble
El Conde-Duque: se llegan
Los Grandes y Embajadores
Para hablarle, el rey Felipe
Con gran cariño le acoge;
Y con él, y con el Nuncio
Y un milanés enredóse
En importante coloquio,
Que su atención régia absorbe.

La Reina, que en gallardía
A todas se sobrepone,
Y cuyos hermosos ojos,
Brillantes como dos soles,
En Villamediana tuvo
Clavados toda la noche;
Viendo al Rey y al favorito
Con aquellos dos señores
Extranjeros en consulta,
Que ha de ser larga supone

ROMANCE CUARTO

FINAL

En aquella galería,
Adornada de arabescos
Y follajes primorosos,
Con oro y esmaltes hechos,
Y cuya baranda rica
Daba hácia el jardín pequeño,
En que el caballo de bronce
Estuvo por largo tiempo;
Sin más luz que la que esparce
La luna en mitad del cielo,
Esperando á alguien la Reina,
Está turbada y con miedo.
Del concurso de la danza
Y de la orquesta el estruendo,
Que los salones ocupa,
Oye resonar de léjos;
Y aunque sabe que notada
Ha de ser su ausencia presto,
Por dar al conde un aviso
Atropella todo riesgo.
Siglos los instantes juzga
Con mortal desasosiego,

La conversacion, notando
Que hay vivas contestaciones.
Más atenta al Conde mira,
Le hace una seña, y veloce,
Aunque con gran disimulo,
De la sala retiróse,
De una danza numerosa
Que empezó la gente jóven
A enredar, aprovechando
La confusion y el desórden.
Conoció al punto la seña
El favorecido Conde,
Que amantes favorecidos
La más pequeña conocen.
Pero no son ellos solos:
Tambien ¡ay! de ellas se imponen
Los celosos... el Monarca
La seña fatal recoge.
A salir Villamediana
Siguiendo su amado norte,
Iba por distinto lado
Del salon, cuando turbóle
El ver al Rey furibundo
Que con miradas atroces,
Ojos cual los de un fantasma,
En él sin quitarlos pone.
Sobrecogido, de mármol,
Ni á dar un paso atrevióse,
Y trabó, disimulando,
Un altercado con Lope.

Y en el barandal dorado
Palpitante apoya el pecho.
Mira al ecuestre coloso,
Inmóvil, oscuro, enhiesto,
Entre laureles y murtas,
Y tiembla ¡infelice! al verlo.
Alza á la pálida luna
Los ojos de llanto llenos,
Y se extravía su mente
Por precipicios horrendos.

Sin rumor y de puntillas,
Como fantasma ó espectro,
En el corredor entróse
La parte oscura siguiendo,
Un hombre embozado: llega
Por detrás en gran silencio
A la Reina, que, de espaldas
Estando, no pudo verlo,
Y le tapa el noble rostro
Con dos manos como hielo;

Pero delicadas manos
Que agita un temblor ligero.
¿Quién pudiera aproximarse
A dama de tal respeto,
Sino el amante dichoso
Con tan inocente juego?
Así lo pensó ella misma,
Pues aunque al primer momento
De sorpresa lanzó un grito,
Pronto sobre sí volviendo:
«Déjame, Conde, prorumpo
Con dulces lánguidos ecos;
No es esta ocasion de burlas,
Pues es de infortunios tiempo.
»Déjame, y escucha, Conde.»
Libre la dejan en esto
Las manos que la cegaban,
Y se encuentra sola, ¡cielos!
Con su marido, que arroja,
Por los ojos rabia y fuego.
Queda la infeliz difunta;
Mas tienen el privilegio
Las hembras del disimulo,
Y en los críticos encuentros
Mucha mayor agudeza
Que el hombre de más ingenio.
Al oír que el Rey pregunta
Con voz como voz de infierno:
«¿Yo Conde?... ¿yo?—En sí tornando
La Reina, responde presto:
«Sí, señor, de Barcelona...
Y se complace mi pecho
Con tal título, afirmado
Con vuestro poder y esfuerzo,
»Despues que habeis reprimido
La rebelion de aquel pueblo.»
Quedó pasmado el Monarca:
«Discreta sois por extremo,
»Repuso, y tras pausa leve,
Mas ¿qué infortunios tenemos?»
Ya alentada la señora,
Pues siempre el paso primero
Es el trabajoso, dijo:
«No faltan, Señor, por cierto:
Dígalo Flandes perdida,
Y de Nápoles los reinos,
»Donde un ambicioso intenta
Arrebatarnos el cetro;
O Milan, donde la peste
Está tanto estrago haciendo;
»Y Portugal vacilante,
Do traidores encubiertos...»
Aquí atajóla Filipo
Con voz de lejano trueno:
«Basta pues, basta, señora;
Sois francesa, bien lo veo;

Teneis interés muy grande
En mi honor y en el del reino.
»Vereis que uno y otro al punto
Para aquietaros sostengo,
Y que lavaré con sangre
La mancha que advierta en ellos.»
Calló, y una atroz mirada
Con el rostro descompuesto,
Que pareció más terrible
De la luna á los reflejos,
Clavó en la Reina; mirada
Que destrozó aguda el seno
De la infeliz, pues temblando
Cayó sin sentido al suelo.

Como sin rumor ninguno
Vuela ó se deshace un sueño,
Desapareció el monarca:
Fué á su cámara en silencio,
Tocó un silbato de oro,
Que tuvo mágico efecto,
Pues salió de los tapices,
Al silbido obedeciendo,
Por una encubierta entrada
Un humilde balletero,
Cual espíritu maligno
Que al conjuro está sujeto.
Era el favorito oculto
Del Rey: ambos un momento
Hablaron con tal sigilo,
Que el labio apenas movieron.
Solo al irse el confidente,
Se oyó decir al Rey esto:
«Asegura bien el golpe,
Y si has de vivir, secreto.»

Al sarao y á los salones
Tornó Filipo muy presto:
Aunque pálido el semblante,
Tranquilo y tal vez risueño,
Volvió á hablar al Conde-Duque,
El cual como astuto y diestro,
Que su Señor encubria
Conoció cuidados nuevos.
Al cabo de corto rato
Anuncióse que en su lecho
La Reina indispuésta estaba,
Y se dió fin al festejo.
Sucedió al bullicio alegre,
Al són de los instrumentos
Y á la confusion festiva,
El más profundo silencio.

Los cortesanos al punto
Las actitudes y gestos
Dejaron de la alegría,
Y tomaron los del duelo,
Y á vaciarse los salones
Comenzaron del inmenso
Concurso, que los llenaba
De galas, vapor y estruendo.

Villamediana confuso,
De inquietud funesta lleno,
Al retirarse saluda
Al Monarca con respeto,
Y este con una sonrisa
Lo deja aterrado y yerto;
Mientras afable despide
A los otros palaciegos.

De la desdichada Reina
La favorita corriendo
Sale por las antesalas,
Busca al Conde sin aliento,
Penetra la muchedumbre,
Le hace señas desde léjos:
Al fin le alcanza, va á hablarle,
Un papel lleva encubierto;
Cuando se para y se hiela,
Al Rey de repente viendo:
Tal queda liebre cobarde
De la serpiente al aspecto.



El gran tropel que desciende
Las escaleras, violento
Arrastra á Villamediana,
Que va delirante y ciego.

Su carroza no parece.....
En la de Orgaz toma puesto,
Y ambos Condes por las calles
(Que aún no estaban, cual las vemos,
Alumbradas con faroles)

Veloces van y en silencio.
Grita en una encrucijada
Una voz: ¡Conde! El cochero
Para al punto los caballos,
Pregunta Orgaz desde dentro:
«¿A cuál de los dos?» De fuera
«Villamediana» dijeron.

Villamediana al estribo,
Juzgando que es mensajero
De la Reina quien lo llama,
Sacó la cabeza y pecho;
Y al punto se lo traspasa
Una daga de gran precio
Con tal furor, que á la espalda
Asomó el agudo hierro.

Cayó el herido en el coche
Un mar de sangre vertiendo,
Y de su amigo en los brazos
Al instante quedó muerto.

Paris, 1833.



EL CUENTO DE UN VETERANO

INTRODUCCION

¡Oh! ¡cuán grato es el oír,
Allá en el hogar paterno,
Las largas noches de invierno,
Entre el cenar y el dormir,
Al veterano charlar,
Y sus pasadas campañas,
Envueltas con mil patrañas,
En rudo estilo contar!

En nuestra niñez primera
Embebidos lo escuchamos,
Sin que una frase perdamos,
Ni una palabra siquiera.

Y la peregrina historia
Se queda como grabada
Y jamás la borra nada
De nuestra tierna memoria.

Un veterano alcancé
Que en Italia combatió,
Y que en Veletri se halló,
Dondé mal herido fué.

Y muy niño, allá en mi tierra,
Recuerdo haberle escuchado,
De sus palabras colgado,
Sucesos de aquella guerra.

Fuera el tiempo bueno ó malo
Todas las noches venia,
Y desde léjos se oía
Sonar su pierna de palo.

Era como una estantigua
Con desarrapado traje
Y restos del equipaje
De un militar á la antigua.

Del cortijo en el hogar
Muy orondo se sentaba,
Y la gente se agolpaba
En torno de él á escuchar.

Tras un sorbo de aguardiente
Encendia su cigarro,
Y de su voz de catarro
Se desataba el torrente.

Ya un asalto refería,
Estropeando los nombres
De reinos, castillos, hombres,
Mas nada le detenía.

Ora un combate, ora un duelo,
Ya el valor de un camarada,
De una patrona burlada
El amargo desconsuelo,

De un coronel el rigor,
La astucia de un asistente,
El triste fin de un valiente,
Las diabluras de un tambor.